

JOSE HERNANDEZ DIAZ

Tesis y Laudes del Arte Español
a la Asunción de María

El 1.º de noviembre de 1950 la Santidad de Pío XII definía el Dogma Asuncionista, promulgando la Constitución Apostólica "*Munificentissimus Deus*". Al cumplirse veinticinco años de tan sobrenatural proclamación, esta Real Academia ha querido asociarse al júbilo del mundo católico, celebrando una sesión solemne en homenaje a la Madre de Dios, para así ostentar su gozo y su fe mariana; máxime en estos años en que algunos intentan minimizar el culto excepcional que se le tributa multiseccularmente.

"Colocada en los confines de la Divinidad; pues suministró al Verbo de Dios la carne a que hipostáticamente se había unido, el Hijo del Padre y el Hijo de la Virgen se convierten naturalmente en uno solo y mismo Hijo", en expresión de S. Anselmo; y siendo desde entonces la Reina del humano linaje, merece la veneración de todos, con culto singular de Hiperdulia.

Designado por la Corporación para conmemorar la efemérides, voy a recordar las obras maestras del arte hispánico —fiel al título de mi cátedra universitaria— que narran el privilegio excepcional de la Asunta, corporalmente a los cielos, sin pretender agotar el tema que, por otra parte, sería vano empeño.

Mas antes de nombrar obras y autores, citaré algunas de las fuentes que inspiraron a los artistas de todos los tiempos.

* * *

Con un criterio estrictamente iconográfico —no puedo olvidar que profeso la disciplina de Iconografía en la Sección de Arte de nuestra Universidad—, diré de entrada que hay varios temas que se interpretan en función unos de otros, cuales la Dormición de la Virgen, su Asunción Corporal a los Cielos y la Coronación, bien por los Angeles, de manos de Jesús o de la Santísima Trinidad. A veces aparecen narrados conjuntamente, sobre todo en los tímpanos de catedrales góticas. No es nada improbable que la figuración

de la Virgen Asunta se identifique con la de la Inmaculada, pues, en ocasiones, las obras de los artistas no permiten delimitar claramente ambas representaciones o se confunden al definir las; así ocurre con la magnífica Virgen que Alonso Berruguete hizo para San Benito de Valladolid, o la magistral pintura del Greco, una de sus últimas obras, gala del Museo toledano de Santa Cruz.

Para no extender el tema de esta sencilla disertación, nos atenderemos solo a las representaciones en que la Virgen vuela al Cielo, es decir, a la auténtica Asunción Corporal, prescindiendo de la Dormición y Coronación, no obstante su importancia y la atracción que ofrecen para quien os habla.

* * *

La Asunción de la Virgen —es decir, el singular privilegio de su elevación en cuerpo y alma a los Cielos, a diferencia de la Ascensión por la que Cristo subió al Empíreo por su propia divinidad— ha sido admitida en todos los tiempos, tanto en la Iglesia latina como en la griega. Los primeros decían “*Dormición*”, como siguen nombrándola los orientales; una “*salida*” según la expresión de los españoles de la Edad Media. También se la designa con los nombres de “*Pausación*”, “*Término*”, “*Natalicio*” y “*Tránsito*”; pero ha prevalecido el de ASUNCION para designar esta prerrogativa de la Virgen; nombre incluso prescrito durante el pontificado de Benedicto XIV.

En la Iglesia Oriental se oficiaba esta fiesta desde el siglo V, celebrándose durante el siguiente siglo, el día 18 de enero; mas hacia el año 600 se trasladó al 15 de agosto, basándose en unos documentos coptos. Se cita que el hecho ocurrió en domingo.

En Occidente es muy verosímil que esta liturgia romana tuviera lugar en el citado siglo V, aunque con toda seguridad ya se oficiaba desde el 650 y en el citado 15 de agosto; salvo en las Galias, que la practicaban también en la susodicha fecha januaría. En nuestro país consta su datación en el siglo VI, a juzgar del Antifonario de la Catedral de León y del Liber Comitum del Monasterio de S. Millán. Citemos asimismo el Codex Missarum de S. Ildefonso, la liturgia mozárabe y otros textos, alusivos todos a la Asunción mariana.

Entre las tradiciones orales de diversas épocas y en variados escritos apologéticos, se nos dice o que la Virgen fue transportada

al cielo por los ángeles, estando su cuerpo exánime, y que allí resucitó y se unió de nuevo al alma, o que dicha resurrección tuvo lugar en el sepulcro y, vuelta ya a la vida, fue elevada al cielo; y también que esto acaeció o al cuadragésimo día de su fallecimiento a semejanza del Señor, según unos; el mismo día de su óbito, al decir de otros; o al tercero, posterior a su muerte, también relacionándolo con el Misterio de la Resurrección de su Hijo. En cuanto al lugar, disputanse Jerusalem y Efeso; su sepulcro es venerado desde siglos en Getsemaní.

* * *

Los exégetas y expositores sagrados rivalizaron en laudes marianos especialmente asuncionistas; mas como es muy sabido, son los apócrifos, y en nuestro caso los apócrifos asuncionistas, fuentes indudables de iconografía. Citemos al efecto el "*Libro del Tránsito de la Virgen*", original de Leucio —a quien se supone discípulo de los Apóstoles—, correspondiente al siglo II; el del "*Tránsito de María*", del Pseudo Melitón —o Melitón de Sardes, discípulo quizás de San Juan, difundido en los siglos IV o V—, sin duda el apócrifo asuncionista más conocido, aunque fue condenado, junto con otros libros, por el Papa Gelasio en el año 494; la *Historia Eutimiana*, que se considera del siglo VII; la *Narración* del Pseudo José de Arimatea; el *libro* de San Juan Evangelista (el Teólogo); el *libro* de Juan, arzobispo de Tesalónica; y otros más, recogidos minuciosamente por los Bolandistas.

Me ha llamado particularmente la atención, por su enorme curiosidad, sencillez e interés, el relato que contiene el Oficio mozárabe de la Asunción, según el manuscrito o *Códice de Silos*, copiado en 1039, dado a conocer por Dom Ferotin y cuyas notas principales resumo: Un ángel apareció a María, diciéndole: "Levántate y recibe la palma que ahora te traigo; porque dentro de tres días serás llevada al cielo. Y he aquí que yo enviaré a todos los Apóstoles y vendrán para que vean la gloria que vas a recibir". Subió al monte Olivete, portando la palma; repentinamente llegó el Apóstol S. Juan, a quien comunicó la novedad, rogándole guardase su cuerpo y lo colocase en el sepulcro —para evitar que se cumpliese la predicción judía de que lo echarían al fuego para consumirlo—, y que la citada palma precediera al féretro hasta su sepultura; súbitamente, y tras un estruendo, aparecieron los Apóstoles. En la noche del tercer día se oyó otro gran trueno y un olor suavísimo inun-

dó la estancia donde se hallaba la Virgen acostada, quedando todos los asistentes dormidos, excepto los Apóstoles y tres vírgenes que estaban en vela. Repentinamente también se presentó Jesús en una nube con multitud de ángeles con albas (y entre ellos Gabriel), entonando himnos. Mientras María hablaba con su Hijo, “tomó el Señor su alma y se la entregó al ángel Miguel. Tenía el alma semejanza humana y era blanca como la nieve o como el más limpio cristal. Al verla, los Apóstoles quedaron estupefactos y lo mismo las tres vírgenes que estaban en vela”. Luego Pedro tomó la palma que el ángel entregara a la Virgen, y los Apóstoles transportaron el lecho con el cuerpo de la Señora. Nubes misteriosas cubrieron el cortejo, cánticos celestiales, conmoción y violenta reacción de los judíos. Los Apóstoles sepultaron el cuerpo en un sepulcro nuevo sentándose a su puerta. De repente se apareció Jesús y mandó al Arcángel Miguel que tomase en las nubes el cuerpo de María, que todos contemplaron cómo subía entre ángeles al cielo y “vieron el alma de María entrar en su cuerpo”.

Como se ha visto muy bien, esta narración está plasmada pétreamente en la Puerta Preciosa de la Catedral de Pamplona, en pleno trecento español. Asimismo son numerosas en el arte europeo y singularmente en el hispánico —citemos sólo a guisa de ejemplo, entre muchos, las tablas cuatrocentistas del Maestro de Bañolas y de Jaime Ferrer, en tierras catalanas— las Dormiciones, que efigian cuanto se ha descrito, testimonios recogidos también por Jacobo de Vorágine en la *Leyenda Aurea* y en otros textos medievales y renacentistas. Asimismo la literatura, en todas sus facetas, cantó en numerosísimas narraciones estampas tan llenas de poesía y musicalidad; el Misterio de Elche, que hunde sus raíces en el Medievo, es singular ejemplo de la plástica dramática al servicio del asunto.

Otras tradiciones reseñan que el apóstol Santo Tomás llegó tarde, procedente de la India, y encontró ya el sepulcro vacío; pero algo se movía hasta llegar a sus pies; era un cinturón o cingulo que la Madre le enviaba en señal de despedida (y que hoy se venera en la iglesia florentina del Prato); así lo narra bellísimamente el cuatrocentista Nicolás Florentino, en el retablo principal de la catedral vieja de Salamanca, con algún matizado pormenor.

* * *

Los viajes a los Santos Lugares, las Cruzadas, las corrientes

culturales entre Oriente y Occidente, fecundaron devociones, atrajeron la investigación y dieron como fruto estudios históricos, exegeticos, teológicos, etc., en torno a la Madre de Dios, honrada con el culto singularísimo de Hiperdulia (en esa maravillosa Tetralogía que significan su Encarnación, su Maternidad divina, su Inmaculada Concepción y su Asunción Corporal a los Cielos). Subordinado al Cristo-centrismo que vivifica la entraña de la Iglesia, y en función de él un ardiente marianismo alienta a lo largo y a lo ancho de los siglos. "Maria no solum Mater Christi, sed Theotocos", según definieron los Padres de Efeso; y de ahí arrancan todas sus excelsas prerrogativas.

Mas la palabra infalible de la Santidad de Pío XII anunció al mundo el 1.º de noviembre de 1950: *Proclamamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado, que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial.*

Con ello queda cerrado todo un ciclo multiseccular de creencias en torno a tan consolador tema.

* * *

No es, pues, extraño que el arte de todos los tiempos haya descrito en millones de obras los privilegios de María, cantándolos amorosamente con poesía y musicalidad.

Al referirnos a España recordemos que a la Asunción de la Virgen están dedicadas las catedrales de Astorga, Barbastro, Burgo de Osma, Burgos, Cartagena, Ciudad Rodrigo, Córdoba, Gerona, Jaén, León, Lugo, Madrid, Mallorca, Mondoñedo, Pamplona, Plasencia, Santander, Segovia, Segorbe, Sevilla, Toledo, Tudela, Tuy, Urgel, Valladolid y Vitoria, además de numerosísimos templos parroquiales, conventuales, ermitas, etc.

En cuanto a las artes figurativas hispánicas donde se interpreta la Asunción o Subida Corporal a los Cielos, único tema a referir, prescindiendo de Dormiciones y Coronaciones según se dijo, las agruparemos en tres apartados:

A) La *Asunción*, donde la Señora es llevada al Cielo directamente por su Hijo.

B) El *sepulcro*, del que sale la figura de la Virgen, siendo portata al Cielo por Angeles, ante el asombro de los Apóstoles.

C) La *apoteosis Asuncionista*, compuesta por la Purísima elevada por ángeles, sin ninguna otra figuración.

Es de advertir que casi siempre la Madre de Jesús tiene un soporte selénico y no pocas veces está nimbada de estrellas y aureolada del Sol, según fórmulas apocalípticas, con lo cual los temas de la Inmaculada y Asunción en cierto modo se identifican, por hacer referencias a privilegios marianos, que hasta tiempos recientes no han sido dogmas de fe, aunque sí creencia inveterada de teólogos, liturgistas, escrituristas, filósofos, poetas y por supuesto del pueblo fiel. No es raro también que lleve corona alusiva a la Realeza de María o Virgen Majestad, pues si Cristo es Rey por Naturaleza, la Virgen lo fue por la Gracia.

Y aclaremos que las obras de los artistas españoles están relacionadas con las de las escuelas y maestros extranjeros, conocidas directamente o a través de estampas grabadas, dibujadas, etc.

Digamos también, de antemano, que el sarcófago existente en el templo cesaraugustano de Santa Engracia, fechable en el siglo IV, no puede representar a la Asunción; cuantas veces lo estudié, llegué a dicha conclusión.

Grupo A: Citemos como ejemplos al Maestro de los Cipreses de la Catedral hispalense y al cuadro de Fr. Juan Rizi, en el retablo mayor del monasterio de San Millán de la Cogolla, correspondientes, respectivamente, a los siglos XV y XVII.

Parecen interpretar el texto del Cantar de los Cantares que poetiza al decir: “*¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su Amado?*”

Recuerdo con inmensa emoción mi visita hace un par de meses al Monasterio de San Benito, en Subiaco, donde hallé en su santa gruta una deliciosa pintura sienesa trecentista, donde Cristo llevaba a su Madre al Cielo, recostada su cabeza en el hombro del Amado, sentados ambos en un trono; y en bajo, la Dormición y la conmovión de los judíos. Vino a mi mente la frase del Salmista: “*Asistió la reina a tu derecha con dorada vestidura rodeada de variedad*”, o también aquella que dice: “*El Señor le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente*”, textos que posiblemente interpreta.

Grupo B: Recuerdo al efecto unos escritos del siglo IX, entre ellos el de San José Himnógrafo: “*Este túmulo tuyo muestra a todos que fuiste sepultada, y ahora indica claramente la traslación de*

tu cuerpo al Cielo"; y tres siglos después San Amadeo, Obispo de Lausana, decía: "*Allí (en el Cielo), tomada de nuevo la realidad de la carne, porque no es lícito creer que su cuerpo vio la corrupción...*"; que inspiran a los artistas de todas las escuelas, épocas y estilos.

Si de escultores se trata, recordemos las obras de Jorge Fernández, en el gran retablo catedralicio hispalense; de Damián Forment, centrando el de la basílica del Pilar; de Bautista Vázquez el Viejo, en la Sala Capitular del Templo Metropolitano de Sevilla, y en Santa María de Carmona; de Andrés de Ocampo, en Santa María de Arcos de la Frontera, y de Gregorio Fernández, en la Catedral de Plasencia, entre otros, fechados en los siglos XVI y XVII.

Respecto a los pintores, citaremos a Juan de Borgoña (Sala Capitular Toledana), Correa de Vivar (Prado), Juan de Juanes (Valencia), Juan del Castillo, en nuestro Museo sevillano; Eugenio Caxés y Angelo Nardi; la maravillosa pintura del Greco que se admira en el Arts Institute de Chicago; Tristán, Mateo Cerezo y otros, ejecutadas, también, en dichas centurias.

Os ruego que en este instante y aquí evoquéis una de las obras de mayor hermosura que puede presentar el arte sagrado: se trata de la famosa Asunta que Ticiano Vecellio destinó, en 1518, a la capilla mayor del templo veneciano de Sta. María Gloriosa dei Frari; es como un foco potente de luz y de espiritualidad que llena el inmenso presbiterio y donde la Virgen sube, los brazos en alto en actitud oracional, ante la estupefacción de los apóstoles reunidos junto al sepulcro. Como imán poderoso, es lo primero que necesito ver cada vez que arribo a la simpar Venecia, obra en la que el gran pintor del cincuecento hizo no sólo alarde de su maestría sino de su comprensión del tema mariano, acreditado en la Virgen de idéntica advocación de la Academia, en la Madonna Pésaro y en otras realizaciones. Su influjo fue muy grande en el arte italiano y en el español.

Grupo C: Quizás el más numeroso, parece que interpretan la sublime expresión del Cantar de los Cantares: "*¿Quién es esta que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército ordenado de escuadrones?*". Estas obras nos hacen gritar con la liturgia: "*Aleluya, aleluya, María ha sido llevada al Cielo; y de ello se alegra el ejército de los Angeles*".

En la escultura destacan el mayestático grupo que preside el retablo del monasterio burgalés de Vileña (1581), hoy en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; la delicada Madonna de San Benito de Valladolid, obra de Berruguete; la opulenta de Martínez Montañés en Santiponce; la de Ribas en la Colección March, y la del retablo de Sta. María de Viana.

En cuanto a pintura, el frontal románico de Emcamp; las obras de Pere Oller, en la Catedral de Vich; de Alonso Sedano, en la pinacoteca sevillana; de Pedro Berruguete; de Alejo Fernández, en colección jerezana; de Sánchez Cotán, en el Museo de Santa Cruz; de Pereda; de Bocanegra, en Granada; de Murillo, en el Eremitage; de Valdés Leal, en el Museo hispalense; de Bayeu; de Maella; la goyesca pintura de Chinchón; la de Vicente López y muchas más, que se alinean desde el XII al XIX.

Recordemos asimismo los frontales de Guadalupe y tantas y tantas figuraciones en las artes fundamentales o en las suntuarias, donde se efigia la Asunción Corporal a los Cielos, de la Teotocos, de la Deípara.

Todos y cada uno interpretan el tema según su estética y singular morfología.

Y termino, señores Académicos, pidiéndoos excusas por haber tratado tema tan extenso y profundo con la ligereza y liviandad de quien está cargado de limitaciones y sólo lo puede salvar su inquebrantable deseo de servir y su acendrado amor mariano.

* * *

Permitidme ahora que cierre estas deshilvanadas notas, con unos textos de inefable elocuencia:

Gonzalo de Berceo nos canta:

*Sennores e amigos.....
Amemos e laudemos todos a la Gloriosa,
Non echaremos mano en cosa tan preciosa,
Que tan bien nos acorra en ora periglosa.*

Y el Angélico Doctor, Santo Tomás de Aquino, sobrenaturaliza la inspiración en su inmortal himno.

“Que a las sagradas solemnidades acompañe el júbilo;

y que del corazón salgan alabanzas. Lejos todo lo viejo, sea todo nuevo, corazones, voces y obras."

Así lo deseamos y así lo proclamamos (*).
He dicho.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- G. Alastruey. *Tratado de la Virgen Santísima*. Madrid, 1945.
 N. García Garcés. *Títulos y grandezas de María*. Madrid, 1940.
 I. Gomá y Tomás. *La iconografía mariana y la mediación universal de la Virgen*. Barcelona, 1928.
 M. Gordillo. *La Asunción de María en la Iglesia española (siglo VII al XI)*.
 C. Gutiérrez. *El culto litúrgico de la Santísima Virgen*. Madrid, 1933.
 J. Hernández Díaz. *Catálogo de la exposición mariana diocesana*. Sevilla, 1929.
 Id. *Catálogo Martínez Montañés y la escultura andaluza de su tiempo*. Madrid, 1969.
 B. Nieto. *La Asunción de la Virgen en el Arte*. Madrid, 1950.
 A. de los Santos. *Los Evangelios Apócrifos*. Madrid, 1956.
 M. Trens. *María. Iconografía de la Virgen en el Arte Español*. Madrid, 1947.
 J. Pérez de Urbel. *Año Cristiano*. 1934.
 C. Pozo. *María en la Obra de la salvación*. Madrid, 1974.
 Diversos catálogos y obras artísticas.

(*) Discurso leído en la sesión solemne celebrada por la Real Academia el 17 de noviembre de 1975, festividad de Santa Isabel de Hungría.



Jorge Fernández. La Asunción de la Virgen María. Retablo Mayor. Catedral. Sevilla.